

Editorial

HACIA UNA PASTORAL VOCACIONAL CENTRADA
EN EL DESTINATARIO

La pastoral vocacional parece estar entrando en una nueva etapa. Desde hace ya algún tiempo se advierte en cuantos se ocupan de ella un paulatino cambio de rumbo especialmente por lo que se refiere a sus preocupaciones y planteamientos.

Durante bastantes años el interés ha estado centrado en los "agentes", o como gustan de decir los documentos oficiales, en los "responsables" de la misma. Ante la hostilidad en algunos casos, la indiferencia y el silencio en muchos, la dificultad de esta pastoral en todos, se ha hecho un enorme esfuerzo para sensibilizar y concienciar a los agentes pastorales de su responsabilidad e implicación en la promoción de nuevas vocaciones y para preparar especialmente a algunos para este trabajo. Los documentos pontificios, los congresos nacionales e internacionales, los Mensajes del Papa para la Jornada de oración por las vocaciones, los sínodos, los encuentros y jornadas, los cursos y cursillos han logrado crear esa conciencia de la responsabilidad de todos por todas las vocaciones. Las congregaciones religiosas, las diócesis, incluso las parroquias, han captado la onda y es común ya la consideración de las vocaciones como una de las prioridades pastorales. Ha crecido y se ha afianzado la conciencia de que el problema de las vocaciones es problema de todos, es responsabilidad de todos.

Puede decirse que se ha pasado "de la espera a la propuesta". La invitación, la sugerencia, incluso el llamamiento y la pro-vocación se han ido extendiendo. Y con todo ello se ha creado un clima más favorable a las vocaciones, al que se debe sin duda el paulatino aumento de las mismas incluso en los ambientes más desertizados.

Es claro que queda mucho por hacer en este campo y habrá que seguir insistiendo e incitativo todavía especialmente los ámbitos de los presbíteros diocesanos, que en muchos lugares parecen no haber superado aún la etapa

de la despreocupación; el de las comunidades concretas, que muchas veces no se muestran muy conscientes ni realizadoras de su función de mediación efectiva; el de las familias, quizá el menos cultivado y donde la hostilidad es el clima más frecuente; el de los catequistas y agentes de pastoral juvenil, cuya composición y franja etaria hace muchas veces muy difícil su incorporación a esta conciencia y la traducción práctica de la misma.

Junto al agente, el otro centro de interés ha sido el de los "organismos y estructuras", y el de los métodos y procesos. También aquí se puede afirmar que los objetivos se hallan fundamentalmente cubiertos. Las diócesis, las congregaciones, muchas parroquias cuentan ya en general con sus estructuras, sus Centros o Delegaciones, sus equipos. Se han elaborado Directorios y Planes de acción, proyectos y programaciones. Se han experimentado y adaptado métodos. Se han multiplicado las actividades y las experiencias. El último Documento de la Congregación para la educación católica, que recoge las experiencias de los 10 últimos años sobre el "desarrollo de la pastoral de las vocaciones en las iglesias particulares", así lo ha podido comprobar con complacencia (cf. nn.86-88.89-91).

Desde hace algún tiempo -las etapas en estos procesos nunca empiezan bruscamente- se advierte un renovado interés por el DESTINATARIO de la pastoral vocacional, la persona objeto del llamamiento, muy especialmente el joven.

Como signos de esta nueva orientación se podrían señalar, sin pretender ser exhaustivos, la frecuencia con que aparecen análisis sobre la situación y condicionamientos de los vocacionados tanto en su vertiente psicológica como en la sociocultural, la insistencia en el tratamiento de los "valores" y de la "cultura juvenil", la preocupación por las relaciones entre pastoral juvenil y pastoral vocacional, la demanda de preparación para el acompañamiento personal y el discernimiento de las vocaciones.

A niveles oficiales este nuevo centro de interés se advierte ya con toda claridad en los tres últimos Documentos: el "Desarrollo de la pastoral de las vocaciones" se detiene en describir "las dificultades de los jóvenes de hoy" (nn. 71-78), los valores en que fundamentar una pedagogía constructiva (nn. 79-80), "los problemas específicos de las vocaciones femeninas" (nn. 81-85); La Exhortación apostólica Pastores dabo vobis comienza con un análisis de la situación que contempla detenidamente a los "jóvenes ante la vocación y la formación sacerdotal" (nn.8-9); el último "Mensaje para la Jornada mundial de oración por las vocaciones" se ha centrado en la necesidad de una "cultura de la vocación".

Si se camina, pues, hacia esta etapa, no será ocioso reflexionar sobre los contenidos de este nuevo rumbo, sobre las implicaciones y exigencias del

mismo. En el que está en juego, por supuesto, la figura y la acción de los agentes de la pastoral vocacional.

1. *La pastoral vocacional centrada en el destinatario implica la necesidad de conocer a la persona a la que se quiere hacer el anuncio del "evangelio de la vocación".*

a) *Un conocimiento de su PSICOLOGIA, en primer lugar. No se tratará simplemente de la descripción de los procesos evolutivos tanto biológicos como psicológicos, sino de aquellos aspectos o elementos que inciden especialmente en el planteamiento vocacional: la correspondencia entre las etapas psicológicas y las etapas de la vocación; en qué grado se halla afectado cada joven por eso que se llama ya comúnmente la "fragilidad psicológica" y "afectiva"; los rasgos personales de esa "adolescencia prolongada" o de la perplejidad y dificultad para asumir compromisos estables o definitivos, que se señalan habitualmente como característicos de los jóvenes actuales (cf. Desarrollo..., 74); en el caso de las mujeres, la vivencia personal de eso que se llama la cuestión no resuelta de la "identidad como mujer" (cf. Ibíd. 82). Se tratará de conocer y ayudar a descubrir los interrogantes personales profundos que los agitan interiormente y sus respuestas vivenciales a ellos, los deseos y necesidades (de afirmación de sí, de prestigio, de seguridad, de reconocimiento, de afecto) que los mueven consciente o inconscientemente, los miedos que los habitan ante los planteamientos vocacionales, como suelen ser el de perder su libertad, el de no ser feliz, el de fracasar y verse obligados en el futuro a dar marcha atrás, el de no ser fiel.*

b) *El segundo ámbito de conocimiento del destinatario será el de sus CONDICIONAMIENTOS SOCIOCULTURALES. Si los expertos señalan que la sociedad, y, desde ella, la cultura, son hoy los factores fundamentales de socialización de la persona, a través de los cuales percibe y asimila los valores, con lo cual se configura la personalidad y, por lo mismo, las decisiones, con tanta influencia y aún mayor que lo genético y lo psicológico, por encima de las instancias socializadoras clásicas como son la familia, la escuela y la iglesia, la pastoral juvenil-vocacional ha de dedicar una amplia atención al conocimiento de estos factores y de su influencia.*

Se trata de conocer eso que se llama la "cultura juvenil". No es de este lugar describir los rasgos de esa "cultura". Baste enumerar los que se señalan como especialmente significativos en los contextos vocacionales.

Pastores dabo vobis hace esta enumeración: el atractivo de la llamada "sociedad de consumo", que los hace dependientes y prisioneros de una interpretación individualista, materialista y hedonista de la existencia humana; el "bienestar" materialísticamente entendido que tiende a imponerse como único ideal de vida; la "preocupación" exclusiva por el tener que suplanta la primacía del ser con la consecuencia de interpretar y de vivir los valores personales e interpersonales no según la lógica del don y la gratuidad sino según la de la posesión egoísta y de la instrumentalización del otro; la visión de la sexualidad humana a la que se la priva de su dignidad de servicio a la comunión y a la entrega entre las personas para quedar reducida simplemente a un bien de consumo".

Como raíz señala el propio documento una experiencia desviada de la libertad: "lejos de ser obediencia a la verdad objetiva se vive como un asentimiento ciego a las fuerzas instintivas y a la voluntad de poder del individuo" y, como consecuencia, "el resquebrajamiento de la aceptación de los principios éticos; la tendencia a una concepción subjetiva de la fe cristiana y una pertenencia solo parcial y condicionada a la vida y misión de la Iglesia; el sentirse abandonados a sí mismos, al arbitrio de su fragilidad psicológica, insatisfechos y críticos frente a un mundo de adultos que no viviendo de forma coherente y madura la fe, no se presentan ante ellos como modelos creíbles".

El "Desarrollo de la pastoral de las vocaciones", de manera más amplia, por cuanto referido a todas las vocaciones y no solo a la sacerdotal, señala: la influencia de las antropologías dominantes que han polarizado la atención sobre la autonomía de la persona, con sus posibilidades, libertades, espontaneidades, deseos, capacidad de autorrealización; el lenguaje de los agentes pastorales alejado de la mentalidad y comprensión de los jóvenes; las actitudes de hostilidad o dificultad por parte de las familias.

Dentro de esta ámbito sociológico no se puede dejar de señalar el conocimiento de los rasgos que en las descripciones son considerados como positivos, como favorecedores de las vocaciones. También aquí la lista es extensa y significativa en ambos documentos: la preocupación y búsqueda positiva de nuevos valores éticos y espirituales como la solidaridad, la justicia, el aprecio de la autenticidad y coherencia de vida, la sed de libertad, el reconocimiento del valor inconmensurable de la persona; la necesidad de autenticidad y transparencia; un nuevo concepto y estilo de reciprocidad en las relaciones entre el hombre y la mujer; la búsqueda convencida y apasionada de un mundo más justo, más solidario, más unido; la apertura y el diálogo con todos, el compromiso por la paz; el desarrollo de numerosas y variadas formas de voluntariado dirigidas a las situaciones más olvidadas y pobres de nuestra sociedad; la

participación más frecuente y comprometida en la vida eclesial; el atractivo por Jesucristo, por su estilo de vida, por la exigencia radical de seguimiento; la búsqueda de lo místico especialmente en la oración y la experiencia fuerte de Dios; la vida comunitaria.

2. *Este centrarse en el destinatario exige a los agentes pastorales un nuevo modo de estar y situarse en su trabajo ante y frente al joven.*

a) *La primera exigencia será sin duda el ser un "experto en cultura juvenil".*

Un "experto" hecho sí a base de lecturas, de seguimiento de los análisis sociológicos, de las descripciones psicológicas, pero formado, sobre todo, en el contacto, en el encuentro con los mismos jóvenes, en la escucha de ellos, en la comunicación con ellos, en su estar y caminar con ellos.

El agente de pastoral vocacional tendrá que conocer el mundo de los jóvenes, las conductas que viven, los valores que los mueven, las raíces de donde proceden. Tendrá que tener una sensibilidad especial para descubrir no solo esos valores considerados como positivos vocacionalmente hablando sino sobre todo para descubrir lo que de positivo, evangélico y vocacional puede haber incluso en esos valores y conductas que se catalogan como negativos, para ver lo que en ello hay de "semilla de vocación". Porque ¿quién se atreverá a decir que en esa "cultura juvenil" no hay presencia del Espíritu, semillas del Verbo, atisbo de nuevos modos de comprender y de vivir las vocaciones? El agente pastoral tendrá que detectarlo, en primer lugar, para después, y solo después, profundizar, ampliar, o acaso corregir.

Condición y a la vez manifestación de esta exigencia será lo que en términos ya habituales se denomina empatía o aceptación incondicional. O en términos pastorales "inculturación". Será la inmersión activa en esa cultura del joven, el esfuerzo por representarse la realidad tal como el joven la percibe para poder, desde ese punto de vista, comprenderla. Como ya señalaba con frase certera no superada el Documento conclusivo del Congreso de Vocaciones de 1981, se trata de llegar a ser "personas capaces de escuchar con la mente libre de prejuicios" la historia, la vida, los valores, las conductas de los jóvenes (cf. nn. 55 y 50). La Pastoral vocacional centrada en los destinatarios no puede situarse de entrada fuera de su ámbito cultural, ni menos, con aires de superioridad, por encima de él para enjuiciar, despreciar o incluso condenar ese mundo cultural del joven, esa su situación afectiva o psicológica. Nunca un agente vocacional podrá sintonizar con el joven, ni, por lo mismo, su mensaje será audible por él, si el agente se sitúa en la distancia o lejanía de su adultez o en la altura de quien dictamina de antemano sobre los valores desde su personal pretendida madurez o perfección, sentenciando sobre lo

adecuado o inadecuado, sobre lo válido o inválido, sobre la bondad o la imperfección de lo sentido o vivido por el joven.

b) Ha de ser experto también en eso que comienza a llamarse “la cultura de la vocación” (cf. Mensaje para la Jornada de oración por las vocaciones 1993).

La “cultura de la vocación” será, en primer lugar, conocer y cultivar las “actitudes vocacionales de fondo”, sin las cuales no es posible el discurso vocacional, como son “la formación de las conciencias, la sensibilidad ante los valores espirituales y morales, la promoción y defensa de los ideales de fraternidad humana, de la sacralidad de la vida, de la solidaridad social y del orden civil” (Mensaje,... n. 2).

Será además comprender y cultivar el “valor cultural de la vocación”, la cultura que crea y a la que da lugar el mensaje y la vivencia de la vocación.

La comprensión habitual y nuestra misma presentación de la vocación, ofrece, o al menos así es percibido de ordinario especialmente por los jóvenes, una visión de la misma de orden instrumental. Se suele presentar, en efecto, -y la insistencia tan obsesiva y angustiosa a veces en la falta de vocaciones, en las estadísticas, en los números, en las edades, lo acentúa-, como la búsqueda de trabajadores para unas empresas de servicios, aunque sean de orden apostólico, como respuesta a las crisis o necesidades de las diócesis o estructuras pastorales, de las congregaciones para mantener o atender a sus obras, como la preocupación muchas veces obsesiva por la sobrevivencia de grupos u organizaciones. Con ello el discurso y la praxis vocacional se sitúan en la misma cultura eficientista, o aun economicista, de la sociedad actual, instrumentalizadora de las personas, esa cultura que todos decimos que hemos de combatir y contra la que con tanta sensibilidad y razón se rebelan los jóvenes. Ellos no están dispuestos a sacrificar su vida para asegurar la sobrevivencia de nada ni de nadie. Sería pedirles renunciar a lo fundamental de ellos mismos para sostener o mantener una organización.

La cultura de la vocación exige, al menos pastoralmente, una conversión antropológica. “Es necesario promover una cultura vocacional que sepa reconocer y acoger aquella aspiración profunda del hombre que lo lleve a descubrir que solamente Cristo puede decirle toda la verdad sobre su propia vida. El que “ha penetrado de forma única e irrepetible en el misterio del hombre (Red Hom 8) “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (GS 22): la vida es don totalmente gratuito y no existe otra forma para vivir digna del hombre al margen de la perspectiva del don de sí... La vocación nace del amor y conduce al amor, porque el

hombre no puede vivir sin amor” (Red Hom 10). Esta “cultura de la vocación” constituye la base de la vida nueva que es vida de gratitud y de gratuidad, de confianza y de responsabilidad; en la raíz, es cultura del deseo de Dios, que concede la gracia de apreciar al hombre por sí mismo y de reivindicar incesantemente su dignidad frente a todo lo que pueda oprimirlo en el cuerpo o en el espíritu” (Mensaje, 2).

Esta conversión antropológica supone que la vocación ha de entenderse y presentarse -y esta será siempre la motivación última y la más legítima para la pastoral vocacional- como la expresión última y máxima del sentido de la vida, del proyecto personal de existencia en el que se realizan las más profundas ganas de vivir; la culminación del proyecto de realización personal más profundo y extenso, con la máxima amplitud de horizontes; la concreción de la máxima aspiración o anhelo de felicidad que una persona humana pueda aspirar y degustar en esta vida. Es la expansión de todas las capacidades y posibilidades que a una persona le han sido dadas, y no el recorte de ninguna de ellas, especialmente y en grado máximo la de la posibilidad de amar y de ser amado. El enriquecimiento supremo que una persona puede adquirir o aspirar al situarse en el horizonte del proyecto de salvación de Dios en Cristo. No es renuncia al amor, sino elección de amor y por amor, adhesión a Cristo y su misión, fascinación arrobadora en el seguimiento radical de él.

Así entendida y expuesta sin duda que sintonizará con las máximas aspiraciones del joven. Más aún, las características antes apuntadas indican que acaso nos encontremos con un joven especialmente sensible a estos aspectos, que estamos en un momento privilegiado de sintonía vocacional, porque estas perspectivas parecen situarse en la misma longitud de onda que el Espíritu está creando en las nuevas generaciones.

Ha de presentarse y entenderse asimismo como la realización y expresión máxima de libertad, en sintonía, por tanto, con esa “sed de libertad” y autonomía que caracteriza al joven.

Que ha existido y puede seguir existiendo problema a este respecto se percibe por la amplia descripción que a la libertad en y de la vocación ha dedicado la Pastores dabo vobis. “La historia... de toda vocación cristiana es la historia de un inefable diálogo entre Dios y el hombre, entre el amor de Dios que llama y la libertad del hombre que responde a Dios en el amor, entre el don gratuito de Dios y la libertad responsable del hombre... El diálogo vocacional es una exaltación de la libertad del hombre. La vocación no puede ser forzada por presiones humanas ni puede ser sustituida por decisión humana alguna” (n.36). “En la vocación brilla a la vez el amor gratuito de Dios y la exaltación de la libertad del hombre... La libertad es esencial para la vocación... No

puede haber vocaciones si no son libres, es decir, si no son ofrendas espontáneas de sí mismo, conscientes, generosas, totales... La libertad se sitúa en su raíz más profunda... (PDV 36). *Por eso no se puede concebir ni presentar nunca una vocación como una voluntad de Dios o un proyecto suyo concebido "como un destino inmutable e inevitable al que el hombre debe simplemente adaptarse y resignarse"* (PDV 37).

Esta comprensión de la libertad como raíz de la vocación a la vez que sintoniza con esa sed de libertad y autonomía podrá matizar y corregir el condicionamiento cultural de la "absoluta autonomía" del hombre, de la pura y simple afirmación de sí mismo, especialmente en lo que se refiere a la autonomía moral al convertir los propios gustos, satisfacciones y perspectivas en la norma absoluta de la conducta, "de ese modo se cierra el camino para entender y vivir la vocación como libre diálogo de amor que nace de la comunicación de Dios al hombre y se concluye con el don sincero de sí por parte del hombre" (Ibíd. 37). *Esta cultura de la libertad, como se afirma en Desarrollo ... "ayuda a ofrecer grandes motivaciones a las propuestas y opciones vocacionales" (n.71), que han de situarse en el ámbito del ser, no del hacer, del significar más que en el de la eficiencia.*

3. *Si del modo de situarse del agente de pastoral vocacional pasamos al campo de la metodología, centrar la pastoral vocacional en el destinatario comporta también nuevas orientaciones.*

a) *en primer lugar, pasar de la preocupación por la propuesta o la promoción a la del acompañamiento. Para el joven, hoy, el modelo vocacional no es tanto el paulino de la caída del caballo, o el isaiano de "aquí estoy, envíame", sino el que se presenta en las narraciones de Moisés, Jeremías e incluso María, que dudan, interrogan, demoran la decisión, buscan escapatórias, piden señales. Su opción no suele ser puntual sino que se realiza en un lento y largo proceso. De ahí la necesidad y urgencia de un acompañamiento personal, de la presencia cercana y amiga de un adulto que sabe acoger, escuchar, que ayuda a leer e interpretar las señales de pista del camino, que "respeto el camino del joven y de la joven que siempre es un camino personal. El acompañante debe poseer el conocimiento y experiencia en el discernimiento y en la dirección espiritual..." (Doc. Congreso n.49). "Es necesario redescubrir la gran tradición del acompañamiento espiritual individual..." (PDV 40).*

b) *En segundo lugar la pastoral vocacional ha de potenciar y educar a los jóvenes en la escucha.*

Si la vocación es diálogo, si su manifestación se realiza en la historia personal, si la llamada de Dios llega al hombre no solo ni tanto en la intimidad

sino a través de las llamadas de los hombres y de la historia y de la Iglesia que hallan eco en el corazón del hombre, la escucha de Dios, el diálogo con El, en la Palabra, en la historia personal y social, en la intimidad del corazón, son los espacios donde es posible aclararse y discernir. Es decir, en la oración.

De esta forma la pastoral vocacional educa y enseña a pasar de la exterioridad y superficialidad en que se puede desenvolver ordinariamente la vida a la profundidad, a la interioridad, superando así lo que se ha llamado el "presentismo" o el entretenimiento continuo, el mariposeo de goces, sentimientos y experiencias. La oración le llevará a descubrirse como ser hecho para la auto-transcendencia, hecho para edificarse en la relación y en el servicio a Cristo y, en él y por él, a los hombres en necesidad. Le llevará a la adhesión íntima, radical, definitiva, superando también el asentarse en la relatividad, en la parcialidad, en lo ferial o cotidiano, en lo provisorio; a apoyar y fundar la vida en su sentido y significado no en las satisfacciones, gustos o sentimientos que provoca.

c) En tercer lugar se afianza el convencimiento de que la pastoral vocacional ha de dar prioridad a los testimonios vocacionales, a la narración vocacional. Si la "vida engendra vida", solo la vida vista, tocada y palpada, solo la vocación contada, narrada, percibida en su vivirse y desenvolverse mediante la narración, promueve vocaciones. El joven nunca ha sido excesivamente sensible a discursos, exposiciones, doctrinas. Las experiencias de vida y de vocación, tanto personales como comunitarias, serán el reclamo más adecuado para entender y para interrogarse. Cosa que por otra parte no es más que situarse en la metodología del Maestro con los primeros llamados: venid y ved. Una narración y contacto que ha de hacerse habitual, permanente, no solo en momentos especiales. Recuperar la narración, hacerse expertos en narración vocacional, en presentación de tipologías vocacionales, será la respuesta adecuada a este centrarse en el destinatario.

* * *

Quizá la consecuencia última, conclusión-resumen de todo lo dicho, sea la que se apunta en Desarrollo... y que ha sido ampliada y recogida por PDV: "La dirección espiritual y el acompañamiento son conditio sine qua non de la pastoral vocacional. Se hace observar sin embargo que los sacerdotes dispuestos a dedicarse a este servicio son verdaderamente pocos, mientras que el número de jóvenes que sienten hoy esta necesidad es mayor que en otros tiempos... Los religiosos y religiosas deben dedicar tiempo a escuchar a los jóve-

nes, a formarles gradualmente en la oración personal, en la escucha de la palabra de Dios, en la participación activa en la Eucaristía, en la dirección espiritual como medio eficaz «para discernir la voluntad de Dios» (Desarrollo, n.86, 3).

“Los sacerdotes sean los primeros en dedicar tiempo y energías a esta labor de educación y de ayuda espiritual personal. No se arrepentirán jamás de haber descuidado o relegado a segundo plano otras muchas actividades también buenas y útiles si esto lo exigía la fidelidad a su ministerio de colaboradores del Espíritu en la orientación y guía de los llamados” (PDV 40).